

estiradet en lo Pit  
 quiet, moix, sens' obrir boca,  
 sense llensar ni un gemech,  
 ni aclucá 'ls ulls cap estona,  
 fins que lo darrer sospir  
 y una llagrimeta sola  
 foren senyals de que 'l nen,  
 l' Angelet, pujá á la Gloria.

J. BARBANY.

## El primer amor

—No lo niego; estaba chiflado por Rosa.

Fué mi primer amor. Nos conocimos de pequeños ó sea á la edad de la inocencia y de la candidez, lo cual fué causa de que siempre nos úniesen lazos estrechos y dulcísimos. Niña, fué para mi una criatura angelical; grande, una mujer encantadora. ¡Que ojos!... dos luceros. ¡Que boquita!... una monada. ¡Que manos!... inverosímiles. ¡Que piés!... microscópicos. ¡Ay amigos, cuanta poesia entraña un amor semejante! Locuelo estaba por ella. ¿Cuál era mi pensamiento? Ella y siempre ella. Estar un dia sin verla ¡imposible! Negarme una sonrisa ¡qué martirio! Todos los dias nos veíamos y aun así intermediaban cartitas con sus correspondientes versos ó berzas. ¡Que cortos eran los dias! Con qué rapidez pasaban los años! Me encontré grandullón: era preciso pensar en algo que con el tiempo me diese para vivir; y aqui empieza la vil prosa. El trabajo ernoblece, es el contrapeso de los vicios, de la ociosidad (asi lo dicen los moralistas); pues á trabajar. Fué meritorio; más tarde gané 20, 40, 60 pesetas mensuales, y por fin en atencion á mis méritos y servicios llegó mi nómina á 25 duros. Crei que esta cantidad era suficiente para mantener á mi idolatrada Rosita; pero ¡ah, que desencanto! Mi futuro papá político hizo una cuenta detallada de los gastos que yo tendría una vez casado y los números ¡ingratos! siempre fríos y con una verdad terrible, daban por resultado que con mi sueldo solo habia para quince dias ¡Necesitaba á lo menos 50 duros mensuales!

Llegó un verano ¡ojalá no hubiese llegado nunca! Rosita tuvo que ir á tomar las aguas

Era la primera vez que nos sepeábamos. Escribe — le decia — escribeme todos los dias, y dime tus pensamientos, tus quehaceres; en una palabra, relátame tu vida, hasta lo que sueñas. Transcurrieron cuatro dias. Recibí carta. ¡Funesta carta! Carta que tronchó de cuajo mi suerte, mi felicidad.... La sé de memoria; decia así: «Amigo Julio: Un sagrado deber de familia me obliga á romper nuestras relaciones. El tendero de comestibles de enfrente de casa me ha solicitado por esposa. Mis padres han aceptado la oferta y yo no he podido rehusarla. Consuélate. Siempre recordaré tu constancia. Rosa» ¡Ya lo veis, amigos, la prosa vil venció á la poesia! Mi contrincante era un vejete viudo y con muchos monises. ¡Ah, maldito metall!... Os ha sorprendido la veleidosidad de Rosita ¿verdad? Pues atencion; aun no he terminado. Rosa contrajo matrimonio con el vejete y á los cinco años ya era viuda. Al saber la noticia dije para mi: nunca mejor ocasion. Esta vez no hay que hacer cuentas. Ha llegado el momento deseado. Voy á exigirle el cumplimiento de sus promesas. Efectivamente le escribí y... ya vereis lo que me dice, la muy ladina: «Julito: La primera vez no te acepté por un deber sagrado, y ahora por un deber moral. Mi difunto esposo me instituyó heredera bajo la condicion de que caso de casarme lo hiciera con su sobrino Cornelio.» Y termina con el mismo estribillo. «Nunca olvidaré tu consecuencia. Rosa.» ¿Negareis ahora si impera el materialismo? Hoy la mujer no quiere amor con cebollas; prefiere amor con perdices. Yo soy consecuente. Tuve un amor; jamás otro. Soy puritano.

—Amigo, tu historieta nos ha contristado. Ella revela grandes verdades. En este mundo el interés predomina al amor. Olvida á Rosa: el mundo es grande y quizás encuentres otra rosa más fragante. Pero lo que no comprendo, lo que me extraña, es que despues que un hombre ha recibido de una mujer decepcion tras decepcion, continúe amándola ciegamente.

—La tengo olvidada.

—Puede ser...; pero no hace muchos dias